

EMILIO ORIBE

EL NUNCA USADO MAR

POESÍA

SEGUNDA EDICIÓN

MONTEVIDEO

1928

MAXIMINO GARCÍA. -- EDITOR

EL NUNCA USADO MAR

EL NUNCA USADO MAR

EMILIO ORIBE

EL NUNCA USADO MAR

(Poesías)

I. — Cántico Religioso de Amor.

II. — El Libro de Maruja.

III. — La Gracia del Aire y del Mar.

IV. — El Niño Desnudo.

V. — Oda Heroica al Viento de las Pampas. —

H. José Carlos Montaner
homenaje a Montaner
San José

2.^a EDICIÓN CORREGIDA

MONTEVIDEO

Editor: Maximino García

Sarandí, 477

1928

POESÍAS DE EMILIO ORIBE

1915. — *El Nardo del Anfora* (2.^a Edición).
1917. — *El Castillo Interior* (2.^a Edición).
1919. — *El Halconero Astral y Otros Cantos* (2.^a Edición).
1922. — *El Nunca Usado Mar* (2.^a Edición).
1925. — *La Colina del Pájaro Rojo*.

A

MARUJA

~~38764~~ 38764 *Obj. 2*

I

CÁNTICO RELIGIOSO DE AMOR

« Qué hermosa, qué alta ... qué parecida a los ángeles ».

BEETHOVEN.

DONACION
DEL
DR. JOSE CARLOS MONTANER

CÁNTICO RELIGIOSO DE AMOR

*Por vez primera yo seguita,
en nunca usados mares el cuadrante de fuego del día.
Las sirenas acompañaban con sus cánticos
los meridianos efímeros de los transatlánticos.
— Pensativo, a tu lado, las oía ...*

Oíamos en la noche la plegaria de los metales
organizarse con el rumor de las espirales
que el barco iba dejando.

Oh lamento,
el que iba del mar al firmamento
desde las hélices en movimiento!

Amor mío: Qué hermoso si hubiéramos podido enhebrar
un rosario para juntos rezar,
con las luces náufragas de las lamparillas
eléctricas del barco, maravillas
hoy para siempre muertas en el mar!

Como el piloto reconoce y diferencia
los trágicos faros, allí donde perecían los navegantes,
reconocí en tus ojos la presencia
de las ciudades muertas que habité en siglos muy distantes.

Era mío, por fin, tu cuerpo,
oh mágica mujer
tantas veces soñada!

Su concreta armonía nevada.
El equilibrio extenso y blanco de todo tu ser.
Sobre él, tu cabellera dorada,
por laberintos sombreada,
como una tarde de oro cayendo sobre un iceberg.

Comulgábamos con el vino y las hostias de las espumas
en la bandeja del oleaje.
Las rapsodias astronómicas oíamos en la antena de un caracol
marino, la alegría en una sirena salvaje
y en el arrebol del trópico, el paisaje
vendimiaba las uvas del sol.

Religioso, yo iba a tu lado
en el firmamento de nuestra luna de miel.
Y después que hube confiado al volador tropel
de las ráfagas, el misterio de tu carne recién revelado,
el himno del titánico amor mío,
recitado ante el mar desde la popa,
trémulos, una noche,

fuimos a contemplar desde el navío
las linternas de los puertos de Europa.

Qué abismos de tiempos remontamos en un cósmico delirio!
Años y siglos hacia remotas playas desiertas.
Oíamos en nuestras sienes los cantos,
los llantos,
el martirio,
de las cobrizas razas muertas.

Oramos, entonces.
Oramos por la memoria
de la mágica América indígena de antes.
Por los últimos guerreros, auténticos atlantes,
por los flecheros guardianes del indiano tesoro,
por las indias pintadas de añil y escarlata,
y por aquellos, con las hachas nocturnas de oro,
indios de nuestras tierras sanguinarios y bellos,
los caciques del Río de la Plata.
Oramos a Dios por ellos.

Si éramos felices en el mar, para qué llegar?

Con cuánta pena me puse a contemplar
por última vez en las lagunas febeas de tus ojos,
el agónico ritmo de las mareas,
y en tu pulso
morir el imperativo llamado lunar!

*Por vez primera yo seguí,
en nunca usados mares la vanguardia de fuego del día.
Las sirenas acompañaban con sus cánticos
los meridianos efímeros de los transatlánticos.
— Yo, ¿las comprendía?*

Porque levanté en mis brazos tus vivas claridades,
la religiosidad de tu cuerpo apenas herido.
Más bello así que el cuerpo de las jóvenes deidades
que en las proas de las antiguas edades
volvían, para llevarte hacia sus cumbres de muerte y olvido.

Una coral de diosas y estrellas y doncellas,
te salió a rescatar,
con la esperanza de reintegrarte entre ellas
en las mitologías de los genios del mar.

Heraldos de esa póstuma esperanza,
desde sus arrecifes de brumas,
los vientos te iluminaron en la lontananza
con el ancho reflector de las espumas.

Marítima!
Sidérea,
flotantes los velos de tus hombros, rosados escollos de corales,
y aérea,
entre el mar y los cielos,
sin herirte!

podrías perdurar en los umbrales
de las aguas,
sin hundirte!
como el arco iris, y los ángeles, tus iguales.

Porque los ángeles también te saludaron con ramos de nieblas
desde las selvas de sus catedrales;
apoyándose sobre los abismos inmensos,
pensé yo que levantaban en tu honor azucenas colosales
de piedra, enormes palmas con inciensos.

Belleza profunda, oh tú, mujer amada.
Te alcé en mis brazos en el primer puerto del destino,
como un golpe de viento levanta una ola celeste y rosada,
enarbolándola, sobre el relámpago marino.

El nunca usado mar era la luz.
La torrencial cascada azul y sin orillas.
La luz, risa del cielo.

La luz del orbe,
en todo, en el mar y en las riberas.
La luz, en simientes, por los surcos de las navecillas,
la luz de las pacíficas tropicales esferas,
la luz de los pitagóricos hidroaviones del cielo,
la luz cortante de las quillas,
la luz, mirada del zenith potente,
la seráfica luz de tu pañuelo,
la luz, pleamar de tu frente.

*Por última vez yo seguía
en nunca usados mares el hacha de fuego del día.
Acompañaban las sirenas con sus cánticos
las coordenadas efímeras de los transatlánticos.
— Yo, apenas las oía...*

El nunca usado mar estaba firme en las potencias
de tu mirar.

Copas de míticas ciencias,
tus ojos inmóviles en medio de las turbulencias
profundas,
extrañas,
eran dos lagos en éxtasis en un tumulto de montañas.

Era el nunca usado mar la identidad de las aguas,
heridas por confusas trayectorias.
Fieles estuches custodios de las estrellas,
las aguas.

A pesar del turbio tránsito sobre ellas
de naves, con las razas migratorias.

El nunca usado mar era el diamante de tu forma pura.
La renovación de tu diafanidad,
conservando belleza,
serenidad,
la blanca formal estructura
por encima de la emigración oscura
de los átomos hacia la eternidad.

Más alto, y alimentando el rosal de tu carne,
yo ví un surtidor inmaterial
un surtidor con flechas de diamante,
un surtidor, como una llama, ardiente y vivo,
en realidad un surtidor pensante
y sensitivo.

El nunca usado mar volvía
con ese fluir constante de tu espíritu;
retorno sólo ante mí tangible

crecía,
crecía,
trayéndome las luces absolutas,
manando como una fuente
en un ciclo inmanente...

Era allí un surtidor inextinguible;
desde el fondo de las ciegas grutas
de la materia,
hacia Dios,
ibase en claridad incorruptible.

El nunca usado mar era en tu cuerpo,
el enigma de la noche sin velos,
despejándose lento sobre la ecuación de tu forma.

Tu cuerpo, miniatura de los cielos,
con misma ley y origen.

Con la norma
y el ritmo solar de sus cuatro estaciones.
Tu cuerpo: transparencia!

— Simetría! — Inocencia
que se da como luz nueva del día,
y toda la sabiduría
de un libro fundador de religiones.
El nunca usado mar era el descenso
o la zenital evasión
hacia ti de la perfección celeste.
La lenta caída gradual
de la alquimia nocturna
hacia tu corazón
como a un arquetipo de cristal.

Mujer velada, vinos de sugestión.
Vinos del bien y el mal.
Mujer desnuda, mística embriaguez astrologal.

Amor mío.

Mujer mía.
En ese momento
cómo te transfigurabas bajo la pragmática amorosa!
Igual que la furiosa alegría
tras el órfico pulimento
de la música sacra, se concreta y reposa.

O así como las lágrimas se convierten en firmes ideales,
como los turbios torrentes en diáfanos cristales,
como las locas llamas en macizos alabastros,

como en apolíneo acento
la variedad y el lamento
del viento,
como se explica el cosmos en la miel de la rosa,
tu carne dichosa
pastoral sinfonía de los astros,
pastoral sinfonía de los astros,
era el pensamiento,
de toda una Vía Láctea en el momento
de cuajarse en el cuerpo de una Diosa.

El nunca usado mar era esa realidad maravillosa.

*Para siempre yo perdía
en mares de tempestad la antorcha de oro del día.
Acompañaban las sirenas con sus últimos cánticos
los efímeros meridianos de los transatlánticos.*

— Yo no las oía. —

— No! — Yo no las oía! —

Otras revelaciones más altas comprendía!

II

EL LIBRO DE MARUJA

SERENIDAD HAY EN SU VASTA FRENTE

*Serenidad hay en su vasta frente,
donde la luz del ópalo perdura.
Serenidad altiva es su escultura,
su mirar serentísimo es valiente.*

*Serénase el instinto si presiente
el eco de su voz serena y pura,
y es la serenidad de su hermosura,
serenidad de luna en clara fuente.*

*Cuán serena la línea de su cuello!
Y la luz de sus manos, qué serena!
Serenidad ritual de su cabello!*

*Ah, yo que oculto un corazón herido,
que por no estar sereno es llanto y pena,
serenidad, serenidad te pido!*

ES ALTA Y RUBIA. POR SU ESPALDA ROSA...

Es alta y rubia. Por su espalda rosa
se expande la riqueza del cabello,
ocultando en los hombros y en el cuello
una armonía múltiple y dichosa.

Rubia de oscuros ojos. No reposa
jamás la luz allí, lenguaje bello.
¿Por qué derramas, firme, en el destello
de tus pupilas, frialdad de diosa?

Qué plástica al andar! — oh ritmo alado.
Las manos atan vuelo sonrosado
y ha puesto Dios eternidad en ellas.

La dulce amada es un cristal sin velos.
Como su frente vaga por los cielos
su pelo es rubio de enhebrar estrellas.

¿VEIS LA BELLEZA, OH DIOSSES, SOBERANA?

¿Veis la belleza, oh dioses, soberana,
que de nuevo a los hombres encadena?
Más pudorosa que en el alba helena
resguardo trae de castidad cristiana.

Seráfico vellón de carne humana:
manos que esconden, límpida y serena,
la oceánica luz de que está llena
la ola azul de la alta mar lejana.

Si la amada en la noche el brazo abisma,
se ven rumbos de estrellas que abandonan
el trasluz de su mano y van al cielo.

Claridad renovada de sí misma
viene a mí, de esas manos que aprisionan
ascuas vivas en cárceles de hielo.

LA FRENTE, HOZ SIDÉREA, FIEL MODELO

La frente, hoz sidérea, fiel modelo
de blancuras, en nébulas se engasta.
Lagos de luz; para alumbrarnos basta
su oculta estrella que arde sin recelo.

Junto a tal claridad asciende el pelo,
límite pone en transparencia casta,
como la curva horizontal y vasta
donde se une el oceano con el cielo.

Cuando hay sol, ella es lago sin orilla,
bajo la noche azul, más pura brilla.
Una ronda de símbolos astrales

se anuncia al margen de esa frente pura.
Oh, candorosa elipse, miniatura
para los doce signos zodiacales!

LA COLUMNA DEL CUELLO SE LEVANTA

La columna del cuello se levanta
mostrando el capitel de mármol rosa,
que limitan la esbelta nuca hermosa
y el redondo mentón que nos encanta.

El ruiseñor oculto en la garganta
y prisionero en cárcel tan lujosa,
no es otro que aquella ave milagrosa
que allá en el corazón se queja y canta.

El cuello de la amada es línea eterna.
Perfección en la grácil curva externa,
resguardo de palabras cristalinas.

El verso mío imita el claro cuello.
El de diamante firme cofre bello,
donde duermen las músicas divinas.

YO PUDE VER CÓMO UN GIGANTE RÍO

Yo pude ver cómo un gigante río,
se durmió en tus pupilas reflejado.
Y cómo el hondo piélago estrellado
halló en tus ojos alhajero umbrío.

Yo pude ver cómo el alegre estío,
radiante efebo libre sobre el prado,
ciñó a tu cabellera en el dorado
trigal, agreste y rústico atavío.

Yo pude ver en campesino puente,
desfilan grises aguas lentamente,
bajo la paz de unas arcadas viejas.

Pero hoy he visto que entre oscuras olas
se me fué el corazón flotando a solas
bajo el puente fingido de tus cejas.

AMOR ESTABA EN MÍ COMO SEMILLA

Amor estaba en mí como semilla
en la sedosa cárcel de la fruta.
Como el eco dormido está en la gruta
y el índice de Dios en la gramilla.

Igual que el bello sol cuando acaudilla
falanges, y es su fuego espada y ruta,
rasgó tu amor mi cárcel absoluta
hiriendo con su luz mi pobre arcilla.

Taladra el sol la pulpa ruborosa
de los frutos, y pule la preciosa
simiente que caerá en la tierra sana.

Tú, que has hallado amor en honda herida,
nunca le niegues agua merecida
ni tierra, para él ser árbol mañana!

AYER LA PUDE VER Y NO HE QUERIDO

Ayer la pude ver y no he querido.
Con entornar los ojos un momento
la vería en mi amor; mas hoy lo siento,
pues sufro el desamparo merecido.

Ayer la pude ver y dolorido
por temor de verla, el pensamiento
huyó del sutilísimo tormento,
y me quedé impasible y retraído.

Ayer la pude ver, oh, estrella pura!
En mí se alzaba toda su hermosura.
Si tuviera valor la habría visto...

Mas ya con creces castigado quedo,
y la paz que soñara no conquisto,
pues si hoy la quiero ver, ya no lo puedo...

LLEGÓ EL ESTÍO Y ME ENCONTRÓ CON FLORES

Llegó el estío y me encontró con flores
en la mano. Dudaba del destino
mi corazón, y un hálito divino
lo circundó de aromas y colores.

Con fe de encadenar viejos dolores,
yo recogí el regalo peregrino.
Gozo inefable ver en el camino
aumentarse en mi puño los fulgores.

Mas, ¿cuánto durará mi feliz sueño?
La mano es breve, el corazón pequeño,
para abarcar las flores infinitas.

Que un oculto dolor me está matando!
Se irá el estío, quedaré llorando,
y en mi mano alzaré flores marchitas...

¿VES, CORAZÓN? UN NUEVO AMOR TE AROMA

¿Ves, corazón? Un nuevo amor te aroma.
En las nubes se ve rubor sin huella;
hoy te ofrece el rosal su rosa bella
y en nido tierno el avecilla asoma.

La flor es el ornato de la loma.
La nocturna quietud tiene su estrella,
en el pinar la alondra azul descuella,
y en el árbol frutal brilla la poma.

Corazón mío: la esperada vino,
y este año te encuentras con destino.
Todo canto en el mundo está despierto.

Toda criatura a Dios su gozo envía.
Sólo tú desentonas la armonía,
callando, corazón, en el concierto!

¿SERÁ PRECISO, ACASO, QUE YO CANTE?

¿Será preciso, acaso, que yo cante?
Si se halla todo en un recogimiento
de tristeza, ¿por qué en el sentimiento
urdir la rima oscura o de diamante?

Si el amor me ha traído la fragante
corona de los astros, y en el viento
nadie nunca escuchó su movimiento,
¿no es más justo callar en adelante?

Silencio pido a Dios, que soy dichoso.
Rogad también que libre mi reposo
del canto y de la música del verso.

Pues alguien duerme en mí con sueño blando,
oh, pobre niño sin calor, temblando,
está en mi corazón el universo!

CAYÓ UNA ESTRELLA SOBRE EL MAR DORMIDO

Cayó una estrella sobre el mar dormido,
en la alta noche ecuatorial. La errante
joya vibró en las aguas un instante.
Y se escuchó en las sombras un gemido.

Me encontraba en la popa, distraído,
y vi en el mar un resplandor flotante.
Donde rozó el pedrusco de diamante
surgió una copa de cristal bruñido.

Clara copa que fué carne de estrella.
Iba a hundirse. Mas yo me erguí con ella
en la mano, y vencí su frágil suerte.

¿Dices por qué este afán que me domina?
Llena está en mí la copa que se inclina,
mas no cae, en el labio de la muerte.

EL POEMA DE LA CABELLERA RUBIA

La cabellera de Ella es oro oscuro.

Tal como fluye de las altas minas
el metal.

Cabellera flamígera otras veces —
... La levanta en las manos!

la Amada oculta
los hombros, con brillantes serpientes astronómicas...

Cuando la Amada muera
se extinguirán las carnes y los huesos.
Esos reinos de rosas y marfiles
flotarán en cristales,
dispersos, transformándose en las aguas
subterráneas!...

Pero la cabellera, no!

La cabellera rubia es inmortal.
Será un filón de oro oscuro y virgen,
con grandes curvas estratificadas.

Y allá en el fondo de la tierra impura
la encontrará un minero taciturno
y solitario como yo, al golpearla

con su piqueta
de toско hierro igual que el verso mío.

II

¿Ya todos conocéis
la cabellera astral de Berenice,
con diadema de nébulas copiosas,
que gira alrededor del polo norte
del cielo?

Ah, me cuesta pensar,
que en nuestro hemisferio está la rubia
cabellera que canto,
y el cielo mío no la ha eternizado!

Fuera yo rey tirano y poderoso
del mundo antiguo, y tú mi compañera,
para enredar tu pelo allá en la cósmica
rueda del polo sur.

Si hoy fuese viejo astrónomo barbado,
también la enhebraría,
aquí, sobre nosotros,
junto a la Cruz del Sur,
para orgullo de todos los luceros ^{al}astrales,
y envidia de las nórdicas estrellas!

¡Y qué gloria la mía,
al crear de ese modo un equilibrio
de belleza, dejándole
al norte, el rizo astral de Berenice,
pero dándole al sur,
la cabellera rubia que yo canto!

III

La cabellera rubia es inmortal.

Si la amada, conmigo,
naufraga en los mares,
la cabellera seguirá flotando
encima de los cuerpos sumergidos.

Perdurará sobre las olas diáfanas,
mientras los huesos de blancor seráfico,
irán a confundirse con el légamo
del fondo.

Gloria a la cabellera a flor de agua!

Serán los cuerpos vínculos ocultos
que la unirán al lodo submarino
y de allí le traerán savias y esencias
vitales, para que ella bogue siempre.

La cabellera seguirá flotando
por siglos y por siglos de los siglos.
Y algún día será una hermosa isla!
... Una dorada isla en archipiélagos,
de mitos! oh, Mallorca.

Oh, Chipre.

Oh, Lesbos.

Urna de playas y árboles y músicas...

Los enlazados cuerpos,
desde el abismo,
la nutrirán con vida inagotable!

EL LATIDO

La mano de Ella,
clarísima, con uñas sonrosadas,
y venas de marítimos reflejos,
caía prisionera entre mi mano
y nuestros dedos se compenetraban
hasta hacerse daño,
tal como las raíces de los amantes árboles
allá en los mudos desposorios
de las bárbaras selvas.

Y era
de ver entonces la inquietud alerta,
cuando al cerrarse el nudo de las manos,
sentíamos,
que los latidos frágiles del pulso
de ambos, se confundían en gigante
y sola pulsación!

Ella decía:

—¿Sabes tú cuál corazón,
¡oh, amor!, es el que siento latir entre mis dedos?

¿Es el tuyo, que envía hasta mi mano
sus latidos, páusados,
igual que gruesas gotas de lluvia turbulenta
que caen en una taza de cristal?

O preguntábale yo:

— ¿Sabes tú cuál corazón
es el que late ahora entre mis dedos?

¿Será el tuyo, que baja hasta mi mano
por la ruta graciosa y azulada
de tus arterias?

En pozos de silencio interrogante
murieron sin respuesta las preguntas,
mas, con ritmo inmutable, aquel latido
nos siguió atormentando,
sin revelar su origen, hondo y vital, jamás!

LAS VOCES

I

EL CIELO

Me lloran las pupilas de admirar
tu superficie límpida, sembrada
de joyas incontables, lago hermoso.

Astros veo, habitantes de tus aguas.
Los hay azules, verdes, rojos, blancos...
Nébulas espirales como ondinas
de tus olas.

Una luna, ya alfanje o claro escudo,
que resplandece en todos los caminos
de tu arco zodiacal lleno de luces.

Tu superficie laminar de plata
es pequeña, sin duda, lago hermoso.
Mas, ¡cuán oscuro soy al lado tuyo
y qué vacía toda mi grandeza!

EL LAGO

Cuánta vergüenza siento!...

No concibo
que el cielo ignore que todo eso es suyo!

LA AMADA

Me lloran las pupilas de admirar
tu corazón tan bello, Amado mío.

Himnos jamás soñados oigo en él.
Himnos guerreros, bárbaros, nupciales...
Y las grutas cuajadas de tesoros
que en urnas submarinas él me entrega!

La música del mundo canta en él;
y es su latir cautivador concierto,
que guarda un ritmo igual al que se escucha
en el libre velamen de los vientos.

El orbe ríe, sufre, llora, es fiesta,
se purifica y resplandece en él.
Y cuán humilde y tímida a su lado,
yo, que aún no merezco que él me mire!

MI CORAZÓN

Cuánta vergüenza para mí, Dios mío!
La Amada ignora que todo eso es Ella!

LAS LLAMARADAS

Entras desnuda al lado mío,
al mar.

Tu cuerpo se torna largo y oblicuo y quebradizo,
y parece que va a fragmentarse como una porcelana,
bajo la cuchilla diáfana
y horizontal del agua.

Estamos los dos, sumergidos
hasta el pecho, sosteniéndonos de las manos,
que se anudan allá abajo...

En un instante vemos, cómo tus brazos y los míos,
forman el doble cable submarino
por donde pasan los más bellos mensajes.

Te libertas al fin,
falta de apoyo,
y te hundes en las olas hasta el cuello.

Tu cabellera rubia se desfloca
sobre la superficie, y se dilata,
como gran hoguera, movida por el viento.

Tu cabellera dorada
y la del sol,
son las dos llamas únicas
que no se extinguen en el mar.

LOS OJOS

Nunca me canso de admirar de noche,
la emanación constante
de carbones y llamas que descubro en tus ojos.

Tus ojos son oscuros
y, sin embargo, están llenos de luces,
vivas e inquietas en la sombra húmeda,
igual que torbellinos circulando
en dos nocturnos globos de cristal.

En dos cofres así, de nebulosas,
Dios guardaba el caudal de las estrellas
antes de que su amor las dispersara,
por la curva del cielo.

Yo, en tanto, espero hincado en las tinieblas,
que baje a mí la luminosa noche.

La noche en que tu amor dispersará,
allá en la vasta curva de mi espíritu,
dos globos de cristal, copas de estrellas...

UNA LUZ, EN LOS OJOS...

I

Anoche,
yo vi una luz pequeña,
vacilando en tus ojos.

¿La hoguera que se enciende
para alejar la tropa de los lobos?

¿El fanal de un navío extraviado
en el mar sin contornos?

¿Una seña en alto de la ciudad de ébano?

¿La lámpara encendida en un altar remoto?

¿Una pupila inmóvil de leopardo?

¿Un sol sacrificado en un gran rito cósmico?

¿La salida del túnel en que estamos?

¿O la estrella anidada allá en el fondo
del lente sideral?

Anoche,
vi una lucecita de oro,
vacilando en tus ojos.

Y yo me puse a andar,
y a correr,
hacia allí como un loco...

II

—¿Qué dices?

—¿La gloria está en andar toda la vida
sin alcanzar la lucecita de oro?...

POEMA DE LA FUENTE

I

Cuando ya era casi de noche,
yo me acosté de espaldas sobre el campo
que se extiende a los costados
de la Via Appia,
y hundí mis ojos
en la azulada luz del Monte Albano.

Así, Amada mía,
tuve un sueño o visión muy terrible
que trataré de revivir ahora.
Por la tarde, ¿recuerdas?,
habíamos estado en una iglesia
de Jesuitas, en Roma.

Entre la obscuridad,
pudimos ver el cuerpo de Jesús,
crucificado,
enfrente de una luz pequeña y roja.
El hijo de Dios parecía vivo.

Al moverse la llama,
veíamos contraerse los músculos
y erizarse la piel como el trigo con la brisa,
mientras los ojos derramaban la vida intensa.

Hoy, coordinando estos recuerdos devotos,
recién puedo explicarme por qué en aquel anochecer,
tuve la terrible visión
que a referirte voy ahora aquí.

II

— Imagina una senda, amor mío,
que va hacia la montaña.
Allí mi alma iba en forma de doncella,
en medio de una vasta muchedumbre
de mujeres, también jóvenes y hermosas.

Todas llevábamos
un cántaro de barro sobre el hombro.

Yo notaba que me iba retrasando en la marcha,
y que aquellas hermanas mías,
así las consideraba yo, tal vez sin razón! —
se dirigían a apagar su sed
a una fuente de agua pura en lo más alto de la montaña.

Desde mi sitio, y a gran distancia,
yo podía ver después, cómo las otras llenaban su cántaro.
Tú, el cántaro llenaste antes que todas,
y te fuiste en las sendas para siempre
con alegre y claro semblante.

Tuve muy pronto, el total convencimiento
de que nunca llegaría,
pues sin quererlo me fui quedando sola,
lejos de ti, lejos de ti,
y de las otras compañeras.

La fuente aparecía cada vez más distante.
Sangraban mis pies,
lloraba de cansancio y de sed,
el sol castigaba la aridez de mis espaldas,
y pronto fui nada más que la sombra,
— nada más! — de la mujer de Lot,
en medio del paisaje.

Un gran vacío se produce en mi memoria,
cuando voy a recordar lo que me sucedió
al llegar al final de mi camino.

Puedo asegurar, sin embargo,
que la fuente estaba seca en absoluto
para mi boca,
y que un rumor de fatalidad bíblica,
me aturdió y me arrojó a tierra
cuando ya creía humedecer los labios.

Recobré la conciencia, al cabo de largas horas.
Seguramente habría caminado mucho,
pues empezaba a hacerse ya la sombra,
en mi visión, y el monte estaba muy lejos,
sonrosado en las luces del crepúsculo.

III

Mas, poco a poco, aquella montaña
fué adquiriendo contornos precisos
y claros al caer la tarde.

Entonces, se formó allí
el Cuerpo de Cristo, Nuestro Señor,
inánime, extendido a lo largo entre las cumbres.
La fuente,
a la cual yo tal vez no llegaría nunca,
corría siempre abundosa, sobre el flanco,
para exaltar más aún mi sed.

Era en el cuerpo del Señor, la herida
que le abriera Longino con la lanza.

VILLANCICO DEL ABEJAR

*El cuerpo de Cristo
Es el abejar.
Las abejas vienen...
Las abejas van...*

Firme la mirada,
Clavado en la cruz,
Ve cómo se extiende
Su prole Jesús.

El cuerpo de Cristo,
La casa de miel.
La boca es la entrada,
Sonriendo está Él.

El sonoro enjambre
Hace su reunión,
Oh, blando racimo,
Sobre el corazón!

La caja del cuerpo
Es el abejar
Ya aumenta el enjambre!
Todo ha de llenar!

Colmará los mundos
Aquel corazón.
Día a día crece...
Rica enjambrazón!

*El cuerpo de Cristo
Es el colmenar.
Las abejas vienen...
Las abejas van...*

Conozco una abeja
Que no quiso entrar.
Una abeja rubia
En el abejar..

Libaba en las llagas
De manos y pies.
Llegaba a los labios
Y huía después...

Un día el prodigio
Todo el mundo vió.
Jesús en sus labios
Flores colocó.

Lirios de los prados,
Luceros de miel,
Para aquella abeja
Colocara Él.

La abeja acercóse
Y la miel probó.
Y en cárcel tan pura
Morando quedó.

Abeja que entrara
Por puerta de miel!
Hoy es la más santa
Del enjambre aquel...

*El cuerpo de Cristo
Es el abejar
Abejas que vienen...
Ya nunca se irán...*

EL RELOJ QUE MUERE

*En este alto peñasco, sobre el mar,
mi corazón es el reloj que muere.*

*La pequeña hendidura,
por donde huye apenas cada gota,
está en el centro de mi corazón.*

*Allí se filtra el tiempo.
¿Sientes que a cada instante cae el líquido?
Óyelo en el latido de mi sien,
amor mío!*

*Desde mi pecho
las líneas divergentes,
se elevan en el aire y luego forman
un claro cono inmenso:
el vaso superior que va a la bóveda.*

*También hay otras líneas,
que van del corazón hasta el océano.
Descienden por el flanco de este monte
en donde estoy, y el vaso opuesto forman.
El que se abre en el mar...*

De un cristal más diáfano que el aire

es la envoltura del reloj.

Contéplalo!

*Sabrás de un corazón que allí ha cuajado
dolor, como la perla en el molusco.*

*Lo ensanchan los latidos dulcemente
mientras se filtra en su interior un líquido...*

*— Mi sangre! descendida de los cielos
gotea por mi cuerpo y cae al mar.*

— Óyela en el latido de mis sienas...

*¿Tú no ves levantarse de mi carne
esta divina forma,
cuyas dos partes se unen por el vértice,
aquí, dentro del pecho?*

Mi corazón es el reloj que muere

Amor mío, escuchemos:

— Las gotas, cómo caen calladamente!

LOS MITOS

En este amanecer
tengo los ojos ávidos de mitos.
Voy, el primero, a descubrir el alba.

¿Vendrán los galeones
con joyas de las Indias?
¿Los monstruos
con las escamas como lunas llenas?
¿Alados peces, flechas de diamante?
¿La plebe de domésticas ondinas,
los bancos de sardinas,
que de tantas detienen los navíos?

¿Los coros y las músicas oceánicas?

¡Me han de atacar las tempestades bárbaras,
y veré los delfines y tritones
trepando por la barba pluvial de Poseidón,
que bate el lomo de las pjaras náuticas!

He de ver los velámenes abiertos,
las playas de arrecifes sonrosados,
las bellas islas, donde fuera huésped
forzoso Ulises!

¿Dónde estarán, Dios mío?

Mi siglo XX —!

Única maravilla sobre el mar,
es la serena y fuerte,
maravilla mecánica del barco.

Y el único milagro del instante,
es un rayo de sol del día nuevo,
que, en lo alto,

entre los mástiles,

sonríe,

tal como lo haría un joven marinero desnudo...

LA ESTRELLA POLAR

El navío pasó hace muchos días
la línea ecuatorial.

Esta noche,
en vano hemos buscado por el cielo,
a la Osa Menor con su estrella polar.
La niebla oculta todo el horizonte
al subir desde el mar.

Hace noches que vamos entre brumas.
Quedó, en mi país, la Cruz Austral.
No enciende
ya en mi frente su cuádruple fanal
para guiarme!

El candelabro astral
de cuatro luces...

Mas la estrella polar
nos espera en el norte.

La veremos
muy pronto sobre el mar.

Media noche. El espacio se hace diáfano
en la invertida copa tropical.

Hacia occidente,
la rueda gigantesca zodiacal,
pasa girando con sus doce carros
colgantes, por el aire de cristal.

Toman asiento en ellos las estrellas
y en tanto que unas bajan, otras suben,
y alzan alegre coro musical,
como las niñas en la rueda aérea
de un parque provincial.

¿Qué pide el corazón sino silencio?

Como ya no tendré las fieles llamas,
de mi altísima cruz para rezar,
no escucharé aquel coro de los cielos,
y buscaré la estrella
polar, para soñar.

Que no me niegue Dios la lumbre nórdica
que nunca he visto en mi interior brillar!

Quiero, en vez de las cuatro
joyas crucificadas que he perdido,
solamente la estrella polar,
para soñar...

EL TALLER

En ti, oh mar, yo me he sentido niño
de nuevo, y estoy en tu regazo
como antaño en la falda de mi madre.

Y quiero huir,
mientras miro
las estrellas de tus cielos,
y las oigo girar en el espacio.

Esto me hace recordar,
— ¡con qué claridad! —
cuando sonaba allá en el lar paterno,
el rumor del taller del carpintero
de mi ciudad natal.

Y yo huía hacia allí,
para ver las poleas giratorias,
sostenidas en juegos de sistemas,
donde ruedas gigantes arrastraban
a las más diminutas.

He aquí, claro mar, que soy un niño
de nuevo, y quiero huir de tu regazo,
como antes de la falda de mi madre.

Una música,
ya conocida, llégame esta noche

hasta la casa mía,
flotante.

Todo el espacio
es para mí un taller de carpintero.

Dios sopla dulcemente,
y giran las miriadas
de musicales ruedas,
sostenidas por hilos invisibles
y conservando unánime armonía.

Yo levanto sobre el navío
la mano a ciegas,
en la sombra,
pero no encuentro el lazo
que pueda unir
a las grandes estrellas
mi joven corazón, estrella ínfima.

ESTRELLAS Y AVES

I

Era ya noche en alta mar
y estábamos de pie sobre el navío,
cuando vimos caer la estrella errante.

Aquella línea vertical de oro
se extendió del zenit al horizonte.
Nosotros esperábamos,
instante de dolor!, que ella violara
el antro movedizo.

El agua estaba inmóvil,
y al resplandor del astro,
era una dura lámina, de suerte
que de tocar allí la estrella errante,
habría rebotado hacia el zenit,
estremeciendo al mar como una gran campana.

Pero la estrella
siguió su ruta y no tocó las aguas.
Ya no la vimos más, sobrecogidos.

II

Al otro día, entre la tarde de oro,
un ave,
lo mismo que la estrella, desde el cielo

precipitóse al corazón del mar.

¿No es verdad que traía en las entrañas
la vencedora flecha del relámpago?

Era un ave blanquísima,
con nido en los peñascos de las islas...
Al verla así caer con muerte cierta
un grito nos ahogó.

Mas lo llamamos,
porque el ave al llegar junto a las aguas,
trazó una alegre curva con el vuelo,
y después de robarle al mar gigante
un pez multicolor,
subió, llama espiral, hacia las nubes
lejanas!

III

Fué en ese instante que busqué tus ojos...

Y los vi tan hondos,
allí, al lado mío, que temblé por los astros,
y por aquellas aves,
que un encendido viento hizo caer
y hallar oscura muerte,
en mares tan cercanos y profundos,
que ni a nombrar me atrevo.

LA DANZA EN EL MAR

La llanura del mar se mueve apenas.

Yo miro cómo se abre el agua,
cortada
en dos, por la alta quilla del navío.

Al dorso de una ola que se eleva,
y se deshace en una lluvia blanca
el sol,
logra encender las lámparas del iris.

Pero el agua en seguida
se queda inmóvil, llana y absoluta.

— Sin embargo,
la alegre brisa con los pies desnudos,
juega o danza sobre el mar.

— Sí, pero allí no dejará más huella,
que la que dejaron
los pies de las mujeres
que han jugado,
o danzado, sobre mi corazón. —

— Ahora,
la alegre brisa con los pies desnudos
se ríe y danza... pero llora el mar.

CAE LA LUNA EN EL MAR

Vamos en la penumbra estelar
debajo de aquel árbol cuyo tronco
se encuentra en todas partes
y cuya fronda abarca todo el cielo.

Llega la media noche,
y el árbol lentamente se ha colmado
de rubias frutas en astrales tirsos.

El más grande y rosado de los frutos,
se aparta del racimo innumerable
y agobiando la rama que lo nutre,
se inclina hacia occidente.

Tiembla, ruge, todo el océano.
Sobre las aguas turbias adivínase
el paso de un gigante.

—Miradlo!— grazna un pájaro invisible.—

— Es él! —

-- ¿Quién és?

Avanza en la anchurosa senda,
por donde huyen las constelaciones,
y del más recio gajo de aquel árbol,
el fruto inmenso anaranjado corta.

Lento, lo arroja al mar.

LA OLA

Estoy sentado sobre la playa.
Espeso el aire. De estaño, el mar.

Sube, como una música, un gran impulso
secreto y hondo, dentro del mar.

Una ola lenta, pesada y torpe,
se acerca a ratos.

Siempre es igual.

La ola vuelve. No canta.

Calla sus himnos.

Jamás se queda.

Viene y se va ...

Hoy, amor espero:

¿Cuándo vendrá?

Un vasto impulso, secreto y hondo,
me lo ha de dar.

¡ Amor se acerca! Como una ola,
tarda y sin música, tras otra ola.
¡ Y siempre igual!

Rózame apenas.

No canta nunca; después, se va ...

Ay, esa ola pesada y torpe, que manda el mar ...

LA PRISIONERA

El azul de este mar,
se halla esmaltado
por la fosforescencia tropical.

He aquí el paisaje constante
de las noches de luna, ecuatoriales.
Nacen innumerables luces
por todas partes en el agua.
Luces que se mueven, hierven, se alargan,
cual si fueran las lanzas,
escudos y trompetas,
de un ejército visto desde altas murallas.

Dijérase que cada uno
de aquellos guerreros diminutos,
clavara su lanza mil veces,
en el ropaje fácil de la luna,
para adherirlo a la carroza del mar.

— ¿La luna, entonces, les va entregando
su veste clara a lo largo del agua?

— Sí. — Y a pesar
de que ella va desnudándose en lo alto,
estará condenada,

a girar eternamente prisionera
en ruedas de cristal del ecuador.

¡No de otro modo en el combate antiguo
veíanse las vírgenes desnudas,
uncidas a los carros de victorias!

LAS CIUDADES DEL MAR

La luz!
La luz,
y los reflejos de las luces
de las ciudades marítimas!

Las ciudades iluminadas,
junto al océano,
en la falda de los montes oscuros.

La luz!
Las luces, los reflejos.
Frutos de luz, encandilados frutos
de mil colores,
oscilando en el puño inmóvil
de la noche.

Racimos resplandecientes,
o alvéolos, en colmenares rebosantes,
que unas manos hercúleas e invisibles,
en la sombra total,
exprimen, desde el fondo de la tierra...

Corre y se extiende sobre el agua inestable
la miel,
en largos hilos luminosos.

LUCES DE LAS MONTAÑAS

He ahí, en la noche,
la bahía rodeada de peñascos,
y la blanca ciudad desconocida
saliendo de la sombra.

Se oyen gritos,
y voces de comando, y risas
y saludos.

No detiene el navío, sin embargo,
sus hélices.

— ¿Ves luces a millares en las playas,
tantas como en el cielo, sobre el mar?...
— Si! Veo dos ciudades superpuestas:
Una es celeste y otra está en la tierra.

¿Cuál ciudad es espejo de la otra?

Mas nosotros pasamos
para anclar allá lejos...

Perdura ahora, sólo el gran brillo estelar.
Altas cimas recórtanse distantes.
Y allá, sobre las cumbres,

también la sombra espesa se ilumina
con temblorosas llamas...
Los fuegos se confunden con los astros.
— Mira. ¿Serán estrellas?
— No. Son llamas que encienden los aldeanos
en sus lares,
arriba, entre los montes.
— Qué lástima, son bellas como astros!
— Pues para mí, esas luces,
tan sólo por arder sobre las cumbres
de las montañas,
y ser llamas que velan,
en la paz del hogar, son más que estrellas.

LA MÚSICA

I

Silencio! Silencio!
Inclinadas
hacia el navío,
las grandes aves blancas, las del alto volar,
en la noche del trópico
se ponen a cantar.

Asomadas,
en la cárcel brillante de las aguas
nacia la claridad lunar,
en el camino nuestro, las sirenas
se ponen a cantar.

Acodados
sobre la popa del navío,
unos hombres oscuros en ruta de emigrar,
oyen llenos de júbilo esas voces,
pero sólo saben callar.

II

¡Silencio! ¡Silencio!
Ahora, las estrellas,
desde las doce casas del zodiaco,

se asoman a las puertas abiertas sobre el mar,
y elevando una luz entre las manos,
antes de darse al delicioso sueño
se ponen a cantar.

Y temblando,
al borde mismo de los labios,
nuestros corazones,
suspensos en las notas del concierto estelar,
— también oscuras formas en ruta de emigrar! —
oyen toda la música del mundo.

Pero sólo saben callar.

LAS ARPAS

El navío es el arpa de los mitos.
Abandonada flota sobre el mar.

Esta noche,
esperemos, oh, amada, que ella cante.
No serán los dioses,
los antiguos pulsadores sabios.
Ni el viento.
Ni el viento!

No es el viento serenísimo,
ni el viento huracanado
el que, en la noche densa, ha de pulsar
los móviles cordajes;
las arpas de los mástiles elásticos!

Tiembla mi corazón
y tempestuosa agólpase mi sangre
en el portal de las sienas.

Mis pupilas, dilatadas
como las cuerdas de los arcos,
vibrantes de flechas,
con la distensión astuta del acecho
vigilan en la sombra.

Esperemos! Esperemos!
Esta noche bajará de los cielos
la mano que yo solo veo!

La mano
que, rozando apenas,
los mástiles de todos los navíos,
dispersos sobre el mar,
las arpas de los mástiles elásticos!
ha de colmar de música profunda
las tierras, ...
los océanos distantes!

EL HERMANO

El palo mayor del navío,
formaba allá en lo alto una cruz gigante.

Se elevaba sobre la multitud de las olas,
apaciguándolas: paz! paz!—
y presidía el íntimo arriesgarse
por los mares, durante días y días...

La cruz procesional de los océanos.

Nos daba a todos los hombres
la libertad interior,
pues cada uno de nosotros la creía
arrancada de nuestra carne.

Por la noche,
perdiase la cruz en densa sombra,
hasta que un marinero,
encendía en ella cuatro luces.

Entonces, yo permanecía, en la inmensidad oceánica,
mirando fijamente
la esbelta cruz, ahora luminosa.

Hasta que veía ascender,

por la pradera sideral del Sur,
la otra cruz...

La que está sobre el palo más alto del navío polar.
Aquella que ha de venir un día hacia nosotros,
guiada por el fanal insomne de Canopus...

Así, esperaba yo
cruzarme en el camino y saludar
al silencioso hermano mío,
que al pie de la insignia de su barco celeste,
ve que avanza hacia él la cruz nuestra, tan pálida!

LA GRAN LLANURA

El cielo es todo azul. El aire quema.
No hay viento.
El trópico es de luz y de metal.

Está espeso el mar,
y sólo se irisa en un encaje
sutilísimo.
A los bordes del barco
se alzan algunas olas, pesadas,
lo mismo que la densa ondulación
que el viento forma con la arena fina
del desierto.

La proa del navío,
va cortando las aguas impasibles,
como el diamante del joyero corta
la hoja del cristal.

Es indiferente para todos
ir hacia cualquier ruta
del horizonte.

Con mi mano,
podría hacer girar vertiginosamente
la rosa de los vientos,

y me daría impávido al azar.

Ah, pero el sol arde

y cae vertical;

y nuestra sombra, bestia obediente,

se cansa de seguirnos,

y arrolla un blando ovillo a nuestros pies.

LA ESCULTURA

Amanece.

Duerme el mar en el seno de la niebla
y no podemos ver por donde viene el alba.

Seguimos como ciegos

sustraidos a tantas maravillas.

El navío marcha, marcha...

Y el alba juega con nosotros,
pues se anuncia por todos los caminos
y nos oculta el de ella, sonrosado.

La proa del navío, flecha íclita,
si la miramos desde las estrellas,
se hunde en la muralla penetrable.

Hay un puño invisible,
que sostiene esa proa
y la impulsa, magnífica adelante
para que el alba ; oh forma de mujer!,
venga a nosotros sostenida allí.

Duerme el mar resguardado por la niebla.

De igual modo se encuentra en las ciudades,
oculto en paños húmedos,
el busto en el taller del escultor.

Pero tu manó arrancará los velos,
oh, sol.

— Veré tu desnudez, naturaleza!

Enseñanos,
descorriendo las nieblas mojadas,
por fin, Helios, la pánica escultura!

LOS ARCOS

Fué girando la rueda de las horas,
entre luces fulgurantes
e inesperadas lluvias.

Un trozo de cielo,
después una nube blanca y una nube parda,
como una paloma huyendo de un águila,
así, a cada instante desfilaron,
bajo el suave pulmón del viento alisio.

En todo el campo del cielo,
la lanza dorada del sol,
al violar el escudo de la lluvia
hizo brotar la vasta sinfonía
de meteoros.

Arco Iris. Aquí y allá,

Arco Iris.

Sí. Brotaron por todas partes,
a cual más suntuoso y brillante,
como pórticos de un mundo.

Los arcos. Oh anillos.
Alzaban la más pura transparencia
y la estabilidad incorruptible.

Íntegros y perfectos los había,
hasta dibujar
reflejados en el agua,
todo un círculo diáfano de luces.

Y otros! Los tenues arcos, los juguetes fáciles!
Por momentos,
reflejos bruscos de la luz solar,
saltaban desgarrando los meteoros
circulares,
como hacen en los circos los acróbatas,
a través de los arcos de papel.

EL MAR Y EL VIENTO

El mar canta de noche
la canción que la brisa le ha enseñado.

La brisa
le da al monstruo lecciones de armonía,
como una alegre joven
que hace danzar su oso montañés.

El mar
es una dimensión sin gloria alguna,
sin gracia rítmica,
sin libertad, sin embriaguez de cánticos.
El mar en sí.

El viento es quien lo anima.
El viento es quien le da color y ritmo.
El viento lo convierte en musical.

El mar sin el viento.
Limitación de agua inmóvil,
dormida en sueño largo y absoluto!

El viento arranca en el pesado monstruo,
otra vida!
Una segunda vida nace allí:
una vida que es canto gigante de alegría.

El Señor a nosotros.

Y nosotros a Él,
girando como partículas
en lo hondo de la copa azulada y tranquila.

Nosotros no dejamos ni un minuto
de retornar a la intuición primera,
hierros dispersos que van al monte imantado,
mientras brilla allí abajo sobre el agua,
una estela revuelta e inestable
que es la huella única del navío en el mar.

Y paralela a ese camino,
vemos en lo alto,
la lechosa vía de las estrellas,
huella también que deja el pie de Cristo,
que ya empezó a moverse hacia nosotros.

Nuestro Señor

TRILOGÍA DE LAS ISLAS

I

LOS NADADORES

Allá quedaron las islas,
con monos, arenales y palmeras.
Las islas, con montañas de basaltos
en donde se incrustaban los zig-zags
azules, verdes
y anaranjados del sol.

Allá quedaron las islas
sobre la luz metálica del mar.

Límpidas como diamantes,
en el engarce noble de las olas,
las dejamos hacia el atardecer.

Quedaron allá lejos,
a sotavento,
con frutos dorados, papagayos,
y con los nadadores negros.
Los nadadores hermosos
que venían, desnudos, de la costa,
a recoger del fondo del mar
las monedas que arrojáramos desde el navío.

II

TRES AVES ...

Y avanza la noche...

Veo

volar tres aves de las tierras cálidas.

Tres aves blancas,
simétricas, que avanzan mar adentro,
sin separarse nunca.

¿Las Tres Marías van
a ocupar
su lugar
en el espacio?

III

¿QUIÉN ENCIENDE LAS ESTRELLAS?

Avanza la noche,
y el cielo adquiere algo de bóveda de templo.

De las islas sólo resta un peñón,
vertical, como un faro intermitente
enarbolado en lo alto.

Ese peñón, con su llama,
es el hombre silencioso
que ha de encender la luz de las estrellas.

Se parece a aquellos hombrecillos
que en los templos se quedan,
al caer la noche,
con una lumbre en lo alto de una pértiga...

Luego, encienden las luces del altar.

EL FUEGO MÍO

*La noche, con el mar y con el cielo,
forma la misma húmeda sustancia.*

*Hacia nuestra derecha
hay un lucero que arde entre la sombra.
Es solitario y grande*

Es Venus, el planeta.

*Sobre el mar,
una torre de luz asciende al astro,
liviana y como el agua, escurridiza.
Una columna clara
que se mueve y ensancha a nuestros pies.*

*Jamás con nitidez tan absoluta,
ha destacado sobre el mar en sombras
su inconstante pirámide de luces.*

*La estrella, poco a poco, va cayendo
hacia el mar.
La columna, a su tiempo, va ensanchándose,
haciéndose más firme,
hasta fingir arquitectura sólida,
como la piedra de los sacrificios
bárbaros.*

*A ras del horizonte,
en el extremo de esa piedra inclita,
arde, más puro, el astro.*

El fuego mío!

*El fuego mío! la divina llama
inmóvil del lucero cristalino,
no es otra cosa que mi corazón!*

*Mientras yo asisto a su aniquilamiento
en la cósmica hoguera,
de todas partes por el cielo bajan
las estrellas,
a danzar junto al fuego, en anchos círculos.*

LÓS DOS NAVÍOS

Hierros, cuerdas, humo,
color, fuerza y aroma de alquitrán,
y música de clarín,
 el navío,
permanece sólido y desdeñoso
en la azul turbulencia de las aguas.

Por la noche,
acribillado de luces paralelas,
derramará como un panal gigante,
sus rosarios de alvéolos.
Y lo verán desde los puertos,
en las ventanas de las casas ruines,
los hombres esclavos
hasta envidiar su libertad profunda.

Hierros, cuerdas, humo,
color y fuerza! y aroma de alquitrán,
polifonía de metal,
 el navío,
al amanecer
arma sus banderolas y saluda
al otro gran navío: ¡el Luminoso!

El que recién se va a empezar a ver,
y que avanza...

Avanza!
Sin virar, con la proa hacia el zenit!
Navío, proa de fuego!
Aquel que extingue estrellas con los mástiles!

LAS LÁMPARAS

*El cielo muestra su lámpara,
la lámpara que todos ven.
Pero el mar guarda la suya
la lámpara que nadie ve.*

Suspendida en el arco zodiacal,
la luna llena
alumbra dulcemente los espacios marinos.

Se ve la línea pura del horizonte
con un velero lejano,
se ven los arenales y las palmas sombrías
de las islas del trópico.

La luna llena
tiende su red de luz, ilimitada.

Las esferas, las nébulas, los peces,
las aguas y los vientos y los hombres,
se han asomado a contemplar la lámpara
suspendida en el arco zodiacal.

Entre tanto,
el mar ha iluminado su palacio.
La superficie del agua,

como un cóncavo vidrio esmerilado,
deja filtrar la luz del interior.
El mar,
es un casco de esfera, luminoso y tranquilo.

Yo me inclino, temblando,
hundiendo mis pupilas en las aguas.
Ah, si pudiera descubrir
la lámpara inhallable allí escondida.

*El cielo muestra su lámpara,
la lámpara que todos ven.
Pero el mar guarda la suya,
la lámpara que nadie ve.*

PREDICACIÓN

Atardecer del trópico.

A nuestro lado sobre el agua asoman
grandes peces oscuros.

Se elevan y se ocultan en las ondas,
unos después de otros,
y conservan un ritmo riguroso
como si fuesen ruedas sumergibles
que girasen al lado del navío.

Tú me dices:

— ¡Oh, si pudiera verse en alta mar
a San Antonio de Padua,
predicando a los peces!

¿Imaginas

qué ejércitos veríamos,
congregados en círculos de fieles
al pie del orador?

Creemos que el milagro
se encuentra en inminencia de ser visto,
y esperamos.

Sobre el mar, con matices infinitos,
una V luminosa se ha formado,

cuya abertura está en el occidente
y el vértice en nuestro ojo.

Disciplinantes arrecifes rezan
y en almenas de luz y vagos círculos,
esperan la predicación del sol que va a extinguirse.

LAS HILANDERAS

La transparencia de la tarde,
se va empañando con la niebla errante
como un fino cristal con el aliento.

Y allá, en la zona última del día,
las nubes grisáceas,
acurrucadas como viejecitas,
callando, hilan, hilan,...

hilan el sayal de la noche!

DOLOR

I

Esta es una ciudad cantábrica
en la costa nórdica de España.

Aquí yo me encuentro muy solo!
Solo y en tierras de mis antepasados,
los vascos!

Hay un recuerdo horrible
que sube en mí:
hace pocos días que murió mi padre,
allá lejos!

¡Tan lejos!
Me llegó el inalámbrico mensaje
que decía: «¡Ha muerto!»

El último español de estos Oribe,
que tomaron su nombre del oficio
de orífices,
entre la sabia grey del Medioevo.

Orfebrerías. Catedral de Burgos!
Llenaron las ojivas con sus lámparas
por muchos siglos.

Luego: la Conquista!

Y por la espada y por el oro de Indias
olvidaron antifonas y cálices.

II

Pero hoy...

Ah, ese mar que veo, desde los murallones...

El mar de las conquistas vascas,
el mar que Él surcó al emigrar.

El camino abierto sólo a la audacia y a la muerte!
¡Cómo me hace llorar!

III

El cielo está límpido,
y como una bandeja cargada de joyas
Se inclina a derramarse en el agua.

¡Quién pudiera darse ahora mismo;
darse todo al oleaje acogedor!...
Está en mí el impulso
explorador de los marinos éuscaros,
pero dormido...

Oigo tu voz, océano!

La misma voz.

hacia la cual se adelantó mi padre,
cuando la oyó resonar aquí,
solo, como yo, en estos murallones.
Él tenía, entonces, catorce años.
Y se fué tras ella corriendo y cantando...

¡Ah, yo, sin embargo, vacilo,

he de vacilar siempre!

MI PADRE

Todavía era un niño.

Allá por el año setenta
del último siglo,
atravesó los mares
y dió su voluntad y su energía,
para siempre,
a la hoguera incipiente de estas tierras.

Rogad por Él! Rogad por Él!

Rubio, delgado, de pupilas célticas,
hizo todo el viaje contemplando el océano.

Cuando entornó los ojos una noche
la sombra dominaba todo el mar.
Él esperaba, alegre, el nuevo día:
La luz! La luz, que brilla sobre el agua,
como escudo en el pecho de un gigante.

Vería la llanura libre y dócil
y las tierras lejanas, propicias al vagar,
con los ríos de oro y los bellos caciques!

O el juego de las aguas en la arena,
y el cabrilleo unánime del mar
como un fiero rebaño sin pastor.

Entornó las pupilas en la noche
y vió surgir en sueños,
del agua tropical, la isla Atlántida!

¡ Ah, pero al abrir los ojos,
al otro día,
la mies quiso guardar, la mies del sueño!

Se vió en estrecha playa abandonado!

Estaba solo.

Al pie de una montaña inaccesible.

HOMBRES INCLINADOS EN LAS PROAS

*« E innumerables somos,
como las nubes tenebrosas ».*

A. BLOCK.

I

Ya de los pobres puertos españoles
llegaron barcas rebosantes de hombres.

Desde el gran transatlántico,
yo veía las cumbres parduscas,
las playas abiertas,
los pequeños blanquísimos hogares,
con tejados rojos
y árboles copudos.

En ese instante, de los viejos muelles
venía el río oscuro de emigrantes.

Las barcas turbias se acercaron lentas,
y quedó en las orillas, a lo lejos,
un blancor de pañuelos
iluso, más que aquel blancor de las espumas,
que está allá entre las rocas, bajo el sol...

Los hombres pálidos y hoscos,
las calladas mujeres con los niños,
fueron arrojados,
en la proa del navío.

II

Íbase el sol igual que un santo peregrino
con una larga nube por cayado;
y aún pude ver
que gentes de mi sangre también venían,
con la boína blanca de mi provincia vasca.

En la tribu sombría,
hacia la titilación celeste de los trópicos,
al viento del mar avanzaban ellos.

Dios mío!

Tu mano de gigante,
cómo congrega esos racimos de hombres
semidesnudos en barcazas frágiles,
y los condena a ir

en la proa!

En las ciudades, en los navíos,
en las tierras y en los mares,
siempre en la proa!

En las proas!

En las proas!

Ciega,

fatalmente,

adelante,

adelante, de los demás hombres!

LA HOGUERA

He aquí que yo había levantado la gran pirámide.
Eso es: la gran pirámide
con mis dioses, para quemarlos vivos.

Los había juntado sobre la playa,
frente al océano,
porque a ellos los culpaba de todos
mis dolores íntimos.

Eran millares de dioses de marfil y de papel.

Íconos aindiados de Sud América,
entre reproducciones de anticuadas
mitologías griegas o germanas,
ya sin valor.

Después de haberles consagrado,
durante años,
toda mi obra, mi amor y mi vida,
ahora que ninguna de estas cosas
tenía sentido inmortal para mí
resolvía quemarlos sin piedad.

Cuando iba a arrimar la mecha de fuego,
al montículo sagrado,
oí cantar un ave en la alta urna de mi frente.

La cósmica virtud de aquella música!
Atraída por ese canto, surgió poco a poco,
la luna dorada y gloriosa del seno del mar.

Suspenso ante los dos milagros,
arrojé la llama al océano, pensando:
— Este holocausto deicida
ya no tiene objeto.

Y para quemar dioses siempre hay tiempo!

Y me puse a gritar, frente al océano:
— Mientras tengas un pájaro en la bóveda
frontal, que con su canto
haga ascender la luna de las aguas,
bien puedes, oh, poeta,
perdonarles la vida a tus Dioses!

IV

EL NIÑO DESNUDO

Fué en una antigua iglesia
del sur de España.

Era una muchedumbre labradora que oía misa.

Entre todos, un niño hijo del pueblo,
la desnudez total del cuerpo hermoso
mostraba,
inquieta, indiferente al acto místico.
La madre, en tanto, al lado de él rezaba.

El sacerdote levantó la carne
de Jesús, y la sangre.

En copa de oro antigua,
la blanda hostia y el celeste vino.

La multitud hincóse de rodillas,
y una selva de frentes inclinadas
a un mismo impulso se abatió en el templo.
Todos quedaron con la frente en tierra.

Yo miraba
al bello niño del desnudo cuerpo
y desnudéme entero como él!

Así, llegó un instante,
en que junto a la plebe arrodillada,
quedábamos de pie, puros, salvajes,
tan sólo el niño y yo.

Los únicos,
que estábamos de pie. —
¡Y desnudos!

Ciertamente, más cerca del Señor!

EN EL ATRIO

Al pie de una románica columna,
en el atrio con lepra de mendigos,
yo esperé la salida de los fieles.

Recios perfiles de los campesinos
de vegas antañonas.
Blondo trigo candeal sobre los rostros
de las mujeres,
el sol volcaba lento, de soslayo.

Salió por fin,
el niño hermoso,
cogido de la mano de su madre.
Yo fui tal vez el único en mirarlo.
Él dirigía el índice adelante,
señalando el sumiso populacho.
Pronto no lo vi más en la ciudad.

Tan divino,
tan divino como el niño Jesús,
en la magna asamblea de los sabios,
el niño aquel
de la iglesia católica del sur

de España,
sonrió también. Seráfico,
se fué... Y hoy lo hallaréis por todas partes.

Amigos:
El Niño Desnudo está en la muchedumbre!

EL CORO

*Mi madre, con la vida, me dió un alma
que me aisló del hogar.*

RAINER MARÍA RILKE

Yo formaba parte
de un coro de niños.

Era un coro de ángeles?

Hoy, los recuerdo
con llanto. Los infantes me parecen
dichosos cual los niños que esculpió Donatello.

Aquel coro de niños,
cantaba siempre una canción muy vieja,
repetida a través de varios siglos.

Para el mundo,
la estudiada canción siempre era nueva.

Yo me separé un día
y me puse a cantar solo y sin rumbo.
Después, hastiado de mi pobre canto,
quise volver al coro como antes.

La canción, la canción, era la misma...
Pero las voces eran muy distintas.
La canción, la canción, era la misma.

Pero los niños eran menos niños.
Y las voces, ¡ oh, qué disciplinadas !

Me dije entonces :

— Tengo que irme del divino coro.
Es más bello cantar solo y sin rumbo.

EL MUCHACHO Y EL TROMPO

A Rafael Lozano

I

Cantando por la calle abierta,
el niño ha salido a jugar,
con su trompo de cien colores :
el trompo que él hace bailar.

Llama pronto a niños y niñas,
y con un gesto fraternal,
su trompo arroja entre todos.
— Baila, mi trompo ! Baila más !

Y es el juguete mientras gira,
música y alegría y luz.
Mirad cómo el niño se ríe
y eleva el trompo hacia el azul.

Entre dos dedos lo ha cogido.
Gira el trompo bailador !
Sobre la palma de la mano
parece que alza un corazón !

Cantando por la calle abierta,
 muchacho alegre, yo salí,
 con mi trompo de cien colores:
 Trompo que baila para mí.

— Vengan pronto, niñas y niños,
 que en alegría fraternal,
 tiraré el juguete entre todos!
 — Baila, mi trompo. ¡Baila más!

Es música, mientras da vueltas,
 yo os juro que es música y luz.
 — Venid, que voy a levantar
 ahora el trompo hacia el azul!

— Mirad cómo a tierra me inclino!
 — Mirad que mi juguete os doy.
 Sobre la palma de la mano,
 ¿véis que os entrego el corazón?

A Juana de Ibarbourou

Un canto a los espejos coloniales
 de nuestra antigua casa!

Amigos silenciosos!

Vieron la dicha humilde transcurrir,
 y en su ojo impasible
 la pura imagen del dolor de todos
 cristalizaron.

Mucho más
 que el reloj portugués del comedor
 o que la sabia aguja de la madre,
 ellos sabrán narrar, hora por hora,
 lo que ha pasado allí.

¡Tantas cosas, Dios mío!

Los espejos,
 pupilas verticales,
 lisas y congeladas para siempre!

Son las mansas pupilas de los seres
 que murieron,

mirando en el cristal el mortecino
reflejo de los campos y los cielos.

Hoy he vuelto a la casa. Qué silencios!...
Estaban los espejos aguardándome.
La vida en su interior era la misma
vida ruidosa afuera.

Allí, callaba...

Y de pie, como un hijo ante los padres,
me detuve a mirar...

Volví a vivir momentos de mi infancia,
y hasta sentí sobre la mano mía
la mano fiel de los que ya se fueron.

¡Los espejos!
¿No habéis hecho pasar alguna vez
el agua transparente de una copa
a otra copa más clara?

Así, toda la historia
de nuestra antigua casa, día a día,
se fué infiltrando en diáfanos cristales.

Hoy la hallaréis dormida en los espejos.

NOCTURNO DEL PUEBLO CHICO

Por la noche,
en esta pobre aldea americana,
yo no puedo dormir.

Frente a mi casa,
a cada instante van por el camino,
con un ruido monótono,
carros de labradores hacia el alba.

Oigo las voces en tumulto,
el rumor de los ejes...

Y los perros ladran
en los campos.
Yo quedo vigilante
y noto, en el silencio de la casa,
la invasión de los ruidos de la calle.

La música apagada
de los objetos.

Vibran, vibran, tiemblan,
las puertas, las ventanas...

Ya en el umbral del nuevo día,
cuando los ruidos del camino callan,
no puedo aún dormir.
No sé por dónde pasan
desconocidos.

¿Hacia el alba?

¿Están dentro de mí?

Oigo voces distantes.

Sombras que hablan.

Voces confusas, muertas, en mi recuerdo.

Están dentro de mí!

¿Me llaman?

Personas que no veo.

Labios que me han besado. Ecos!

Ecos!

Ecos de sus palabras.

Y ahora son mis sienas

las que tiemblan,

tiemblan...

Viejas puertas y ventanas...

AL DESPERTAR

Aquella noche yo tenía fiebre.

Una arteria,

al lado de mi tímpano sonaba,

poco a poco,

más fuerte,

más fuerte,

más fuerte...

Yo empezaba a despertar,

y aún era niebla y crepúsculo

mi conciencia.

Al oír cada latido

creía escuchar pasos

en la alcoba vecina.

—¿Quién es?— grité.

—Alguien se acerca!

—Alguien se acerca!

Pensé, lleno de espanto:

¿Será Ella?

Pero la luz del día al despuntar,

dijome: —No!

Y, ¡oh, criatura, alégrate!

—Has oído los ritmos

de tu propia sangre.

Esa que te vigila cuando duermes,

y se deja escuchar cuando despiertas,
es la vida!

La otra,
dejará las sandalias en la puerta
de tu casa,
y detendrá tu corazón, pisándolo
con pie desnudo, sin que tú la sientas...

LA TEMPESTAD

El viejo caserón de la familia
era inmenso y sombrío.

En días de tormenta,
retumbaban los truenos, y temblando
las gentes de la estancia,
hacían unas cruces con la sal,
en el umbral
de las habitaciones,
frente a la tempestad,
para ahuyentar los truenos y relámpagos.

Y allá adentro
encendían, después, en los altares,
los velones antiguos de los santos.

Entonces, con la madre,
las buenas tías y la servidumbre
de color, nos hincábamos los niños
y con miedo rezábamos en coro:

*« Santa Bárbara bendita,
que en el cielo viste estrellas,
libranos de las centellas,
Santa Bárbara bendita ».*

¿Por qué recuerdo que en un día
así, de tempestad,
me miré, reflejado en un espejo?

Vi, entre nieblas,
un niño. Un indio pensativo y pálido.

Al fondo, el caserón de la familia
todo inmenso, azulado,
aclarándose...

¡Huía la tormenta porque yo rezaba!

LOS SANTOS

¡Mi infancia en ese ambiente religioso!

Pensativo y crédulo,
yo jugaba a arrojar, entre las sombras,
barquitos de papel al río de los astros.

Una noche de Enero,
contábamos estrellas
varios muchachos solos en el campo.

— Gritó una voz de niño:
— Esas pequeñas llamas de los cielos,
son las luces que dejan encendidas,
al costado del lecho, los santos al dormirse.

Desde ese instante,
para mí todo el cielo
estaba adornado de santos dormidos
con una lucecita al lado cada uno.

Y cuando me llevaban a la alcoba,
qué cuidado tenía en la alta noche,
de no apagar mi lámpara...

Después con la vidriera a medio abrir,

frente a la gran llanura americana,
yo soñaba:

los santos me verían
también, desde el espacio,
con mi luz al costado,
tan santo como ellos...

LAS GOLONDRINAS MUERTAS

A Pedro Leandro Ipuche

Entonces,
vivíamos en Tacuarí,
cerca de la frontera del Brasil.

Un indio leñador que me había criado,
se iba al monte todas las mañanas,
con su honda salvaje, los perros y el hacha.

— He de traerte aves para divertirnos —
gritaba desde lejos al perderse en el río.

Un día me cazó una cigüeña blanquísima,
otro día un cuervo que daba horror...
Después, pájaros...

De plumaje muy raro,
palomas de color plumizo
y papagayos — ¡qué vistosos! — del Brasil.

Una mañana le dije:
— Hoy quiero que me traigas golondrinas!
— ¡Ah, no! A esas no me animo a matarlas.
Son las aves de Dios,
pues le arrancaron las espinas de la frente!
Y después, al notar mi desencanto:
— Amigo: hemos de cazar algunos de esos pájaros.

frente a la gran llanura americana,
yo soñaba:

los santos me verían
también, desde el espacio,
con mi luz al costado,
tan santo como ellos...

LAS GOLONDRINAS MUERTAS

A Pedro Leandro Ipuche

Entonces,
vivíamos en Tacuarí,
cerca de la frontera del Brasil.

Un indio leñador que me había criado,
se iba al monte todas las mañanas,
con su honda salvaje, los perros y el hacha.

— He de traerte aves para divertirnos —
gritaba desde lejos al perderse en el río.

Un día me cazó una cigüeña blanquísima,
otro día un cuervo que daba horror...
Después, pájaros...

De plumaje muy raro,
palomas de color plumizo
y papagayos — ¡qué vistosos! — del Brasil.

Una mañana le dije:
— Hoy quiero que me traigas golondrinas!
— ¡Ah, no! A esas no me animo a matarlas.
Son las aves de Dios,
pues le arrancaron las espinas de la frente!
Y después, al notar mi desencanto:
— Amigo: hemos de cazar algunos de esos pájaros.

Éra al iniciarse el otoño.
El indio nos pidió los grandes espejos de la familia,
y los dispuso frente a una ancha puerta
del caserón de la estancia.

Allí se dibujaban en diversos trozos,
todo el llano y el cielo reflejados
hasta dar la ilusión total de realidad.

Yo pude ver durante muchas horas,
lleno de susto preparar la trampa.

Desde el campo brillaban con el sol los espejos,
y detrás de ellos destacábanse
en roja ondulación, los techos castellanos.
y más arriba un muro gigantesco de eucaliptus.

Avanzó por las pampas el viento del otoño,
como errante yegua desmelenada,
y del alero de nuestra casa
las aves empezaron a emigrar...

Después,
todo se torna vago en la memoria.
Mi madre, bajo el llanto me contaba,
que estuve a riesgo de morir
entre un horrible delirio.

¡La trampa del indio!...

Aún hoy, es para mí la imagen del malvado recuerdo.

— Y pensar, — quejábase mi madre, —
que todas las mañanas
recogías dos, tres, muchísimas
golondrinas extraviadas
o muertas,
al pie de los espejos!

— Hasta que al fin caíste, como ellas, hijo mío!
— Ah!— Vi, cómo te ibas, para siempre,
entre las avecillas del Señor!

LOS DESCONOCIDOS

Caminar, caminar,
por los muelles dormidos de los puertos.
Y ver oscuros hombres,

inmigrantes de América,
acurrucados como canes viejos
tomando el sol en la amplitud marina.

Oscuros hombres,
que nunca vimos ni soñamos ver.
Y mirarlos de pronto y soportar
en nuestros ojos,
el doloroso haz de sus miradas...

Caminar, caminar
por los dormidos muelles interiores
y ver acurrucadas,
en lo más hondo del cansado espíritu,
vagas angustias muertas o en olvido,
ideas nuevas nunca sospechadas,
semillas de otras almas o países!

Hallarse con los ojos
de unos desconocidos que se nutren
con lo más vivo de la entraña nuestra...

Han estado tal vez años y años,
sólo por aguardar nuestra visita!
Nosotros, ignorando que existieran
esos hijos ocultos...

Sin embargo,
ellos se elevarán pesadamente
de su quietud, y con los ojos fijos
en el destino nuestro,
nos seguirán como pesados canes...

Ya no nos dejarán nunca, jamás...

LA LLAMA HABITABLE

Como quien juega con la llama
de una bujía en la noche,
junto a la mesa, en tranquila estancia,
y se divierte en ver pasar los dedos
por la luz,
varias veces,
como queriendo aprisionarla,
así yo amo jugar contigo,
corazón...

Transcurren las horas
y yo estoy frente a la luz,
viendo cómo se adelgaza,
igual que la cintura de una amante.
Si quiero, la puedo cortar en dos,
o casi extinguirla,
a pesar de que me hiere...

Ella tiembla,

se inclina bajo mi aliento,
lo mismo que árbol joven
si lo azotan las ráfagas del campo,
y parece entregarse, al fin,
¡oh, esclava!,
lamiéndome la mano...

Como quien juega con la llama ardiente,
dicen que amo jugar contigo,
corazón...

Y mucho más tal vez:
Oh, tú, que estás más cerca de mi antojo
y que, a pesar
de abrasarme la vida totalmente,
con tu fuego,
eres la llama única habitable.

NOCTURNO DE MONSERRAT

El lento anochecer en los peñascos.

Los campanarios,
anunciaron con música solemne
la caída del sol.
Un viejo monje
del monasterio clausuró el portón
de hierro,
y nos quedamos todos recogidos
en la ciudad sagrada.

Al pie de la montaña,
los conventos
iluminaron sus tranquilas celdas.
La noche
teologal avanzaba cautelosa,
y en nosotros,
— ¡veníamos de urbes tan gigantes,
y mares tan sonoros! —
sepultó su flecha encendida
el hálito de la Edad Media.

Yo, vigilante en lo alto de los muros,
miraba hacia los valles
donde la niebla diáfana ascendía.

Allá lejos, — muy abajo, —
descansando,
junto a un río con últimos fulgores,
una ciudad pequeña divisábase, ⁽¹⁾
como un pájaro dormido
sobre un alambre de plata.

Más cerca,
la recia arquitectura
de los conventos, se acentuaba rígida
y majestuosa;
y ya venía por las altas peñas,
aullando el viento...

La tempestad profunda y medioeval,
se oyó toda la noche.

Cómo arrasaba los impuros brotes
y los frutos ya secos
de la selva perenne que hay en mí!

(1) Monistrol, sobre el río Llobregat.

LA TELA

— Nosotros, soñadores,
¿conocemos la forma de los sueños?
¿Acaso la hemos visto alguna vez?

— Nosotros, los amantes,
¿qué sabemos del rostro del amor?

— Nosotros, cantadores,
sordos para las músicas internas,
jamás oímos nuestros propios cantos.

— Nosotros, los mineros,
no lucimos la joya que un instante
quedó brillando en nuestras toscas manos.

— Nosotros, forjadores,
no habitamos los mundos ilusorios,
que ascienden sobre el arco de las sienes.

— Nosotros, los diamantes,
no gozamos la luz que desprendemos,
ocultos en las minas o en las joyas!

— Nosotros, los cristales,
no guardamos del sol que nos traspasa
ni un rayo, y ni una chispa de la estrella.

— Nosotros, los luceros,
nunca vemos la luz que nos consume
y nos helamos en la oscura noche.

— Nosotros, navegantes,
no poseemos las islas reveladas
allá en el lomo azul de los océanos.

— Nosotros, artesanos o arquitectos,
nunca veremos fulgurar al sol
la catedral que se construye en siglos.

Todos Poetas!

Ciegos para los íntimos tesoros,
para lo bello que las manos crean,
y el Bien, que de la entraña fluye unánime.

¡Oh, tapiz doloroso el que tejemos!

Los otros ven en él la maravilla
absoluta que nunca hemos de ver.

— Poetas!

Hilanderos,

condenados

como los tejedores medioevales
a hilar sólo al reverso de la tela!

VIGILANCIA

Y fué entonces,
que me pude alejar de los amigos
y las amigas,
en hora matinal.

— Adiós!

¡Y para siempre!
Ellos se fueron cantando por los campos,
en el trigo cortaban tallos jóvenes,
y hacían flautas con silvestres cañas.

Unos, mordieron las jugosas frutas,
o corrían detrás de las abejas
pesadas, estrechando a las amantes
por la cintura.

Yo descargué mi honda contra salvajes pájaros;
moví las aguas muertas de los grandes estuarios,
y por fin, ahuyentando
a los lentos büeyes del belfo caído,
me retiré hacia un cerro solitario.

Para mí el deleite de ahora,
consistía
en inclinar mi rostro a flor de tierra

y aplicar el oído atento allí...
En la gran superficie,
y, como el hosco indigena, escuchar...

Al mismo tiempo hundía los temblorosos dedos
en el manso trébol...
El trébol atigrado de tres hojas,
que tiene en cada hoja un corazón.

Todos hallaron incomprendible
aquel alejamiento,
y me dirigían
saludos con las manos, ofreciéndolas
rebosantes de frutas y de flores.

— Vuelve!

— Vente con nosotros, ¡oh, amigo!

— ¡Qué esperanza!

— No puedo.

— No puedo!

— Aquí me he colocado,
con el oído junto al llano inmenso,
para oír los tropeles que se anuncian
más allá de los mudos horizontes...

V

ODA HEROICA AL VIENTO
DE LAS PAMPAS

Problemas de técnica, al renovarse las discusiones, entretienen, aún por momentos, a todo autor, obedeciendo ya sea a la no satisfacción de los procedimientos empleados hasta ese instante, o a las mismas polémicas del ambiente. Yo había imaginado, bajo la emoción muchas veces experimentada del viento pampero, la estructura de un canto digno del impetuoso embajador de los países del sur. Una forma adecuada a aquel ritmo violento y avasallador, con intermitencias de melopea heroica, me torturaba, mientras las primeras versiones iban formándose en mí.

Hablo aquí de los mecanismos externos que rigen la concepción de todo poema vasto y ordenado. Entonces, hice hallazgo de combinaciones técnicas que me agradaron desde el principio; la unión del verso endecasílabo acentuado en cuarta y séptima, el anapéstico, tan discutido en los últimos tiempos, con el heptasílabo común de nuestro idioma. Predominando esta alternancia, intercalaría alguna forma similar, de tiempo en tiempo, de modo que el ritmo se conservara intacto o se acentuara más, si era posible...

La experiencia no fué comentada por casi nadie, lo cual no me extrañó, y hasta se creyó, por algunos, que el canto estaba escrito en versos libertados de todo ritmo.

En esta segunda edición, he creído conveniente unir más aún las formas citadas, alargando el período rítmico y encubriendo el procedimiento interno, hasta darle la apariencia de un ritmo todavía más bárbaro y elemental.

Óyese en las llanuras, óyese el bronco relincho en las pampas,
y el clamor poderoso rasga el sosiego de llanos y bosques!
Vedlo, avasallador, sobre la escala de todos los climas:

El pampero! El pampero!

Puéblanse de rumores y ecos, las selvas, los ríos, los antros.
Él abre las ciudades, bridas potentes desgarran sus ímpetus,
y las cuadrigas múltiples quiebran los diques de todos los pueblos,
y avanzan, prodigiosas!

Hélas aquí descendiendo del Ande!

¿Por qué oscuro torrente,
de qué alud tronador, vienen los ecos de airadas trompetas?
¿De qué desfiladeros brotan quejidos y llantos sin tregua?
¿Surgen de los abismos? ¿Nacen del pecho de oscuras montañas?
¿Quizás vienen del polo? Desde la aurora polar por los mares helados, avanzan?

La rosa de los vientos, gira en salvaje y audaz remolino,
y ya no se detiene hasta que pasa el aliento robusto
que disgrega rebaños, burgos y pueblos, llenando de músicas
y amplios estuarios con proles de arroyos enturbia!

En la tierra no hay viento que arme su hirsuto velamen sonoro,
a través de comarcas más dilatadas y libres y prósperas!

¿No lo véis, arengando huestes en busca de hazañas heroicas,
desde los torreones nobles del Ande a mitad del Atlántico?
¡Viene con sus mesnadas desde los riscos helados del sur,
rompe fronteras de cuatro repúblicas,
y atraviesa el Brasil, hasta que tuerce el gran arco en tensión,
valla tejida con bosques enormes
con la cual, ciérrale el paso el horrible Amazonas!

El viento de las Pampas! Hebras torcidas de crines larguísimas.
Así tu cabellera! Hebras trenzadas en haces de víboras,
que se agitan gimiendo, bajo el pesado torrente de nubes,
cual si alguien esgrimiera
en las torres del cielo, testas cortadas de amargas medusas!

¡Oh, viento de las Pampas! Mueves arenas en islas y deltas,
médanos van en andar vagabundo,
tierras labradas alisas, tantas como astros los cielos agobian
y te miran los hombres, entre una mezcla de amor y de espanto,
como a un gran estandarte libre que en lo alto del asta del Ande flamea!

Las aguas de los ríos ceden surcadas de hirsutas mareas,
y detienen su marcha hacia el océano si bajan del trópico
y las feraces campiñas inundan.
Ved como el ancho Plata, río el más grande de todos los ríos,
contra las rocas furioso se abate frente a Montevideo.

El viento está en el Plata! Alza en su lomo frenéticos puños,
dispersa las barcazas, tuerce el vagar de corrientes marinas,
hunde los tajamares, tumba la quilla de férreos navíos,
entra en las hondas aguas, mueve las piaras de bancos de arena,
libra al acaso las boyas que encienden

ascuas rojizas en torno a los puertos,
canales modifica, llamas extingue en alertas farolas giratorias,
hiere los cascos y rompe las grúas, llega a las ensenadas,
por anchurosas bahías se expande,
y hace astillas de muelles junto a la selva ondulante de mástiles.

Helo ya en las ciudades... Gritos de bronces lo anuncian de súbito
desde las torres y naves altísimas
de las Catedrales, nuevas que horadan los cielos de América.
Despeja nubarrones, limpia el espacio manchado de hollín,
vuelca las chimeneas, torres de humo de fraguas ardientes
en oblación constante, donde calcina sus carnes el hombre.

Helo ya en las ciudades...
Mágico imperio del aire y la tierra,
a los hombres humilla, rapta mujeres del tallo cogiéndolas
con las manos hercúleas, como en los viejos malones de indios.
Los postes telefónicos tiemblan en ondas de música bárbara,
mientras arqueándose suenan las redes
de alambrados vibrantes,
como las cuerdas de arpas meneadas por Dioses!

Helo ya en las llanuras...
Grandes sembrados agachan su lomo para que allí se apoye.
Trigos le tienden su alfombra de oro para que él se detenga.
Olas y olas de tallos crugientes se inclinan a su paso,
en homenaje a la rauda conquista!
Firmes locomotoras, vencen apenas la gran resistencia
dando más fuego a volantes y émbolos.

Pues él domina todo! Quiebra el maíz de apretados cilindros,
rubias mazorcas que cuentas desgranar.

Árboles autóctonos, hace oscilar como juncos delgados
en cerrilladas con tunas bravías.
Sábanas prietas de nuevos almácigos
malogra, y van pinares y álamos juntos a ras de la tierra;
mientras bandadas de aves dispérsanse,
cuentas perdidas de rotos rosarios.

Sucede casi siempre, que el viento avanza al final del estío,
y le suspende el canto al abejerro pueril de las siestas.
Pronto estarán las cosechas maduras,
y Otoño se adelanta con sus rastros dorados, que fingen
pieles de león que se cuelga a la espalda.

¡Oh, viento de las Pampas! Larga trompeta de América Austral!
Como las trompas bíblicas de los arcángeles, sopla en los cielos,
y que tu gran clamor todos los muros estrechos derrumbe!
Clarín de las montañas: dame el candor de las puras neveras!
Clarín de las llanuras: dame el afán de ensanchar horizontes!
Clarín de los oleajes: déjame lleno de coros oceánicos!

Despejador de la América Austral!
Que no queden en pie obras menguadas en tierras de Indias!
Si no ha de eternizarse esta hermandad de las veinte Repúblicas,
ante los hombres de todos los siglos,
si acaso nuestro esfuerzo no sobrepuja a las piedras labradas
por aztecas e incas, sean pavesas flotando en tus iras, ¡oh, viento!,
la poesía y la música nuestras, la ciudad y la estatua y el teatro,
la torre insigne y la gran Catedral!

Viento de las Pampas: dime qué trágicas furias te mueven
y rigen tus apóstrofes, cuando a nos llegas cargado de aullidos selváticos.

¿Oís? Avanza el viento! Hosco, sacude las selvas letárgicas,
despierta en la noche miles de fieras y aves del trópico,
que responden al ruido áspero y agrio de todas sus hordas,
con gruñidos y cantos, coro inaudito en la selva sin límites.
Arrastra hacia el desierto, nubes de fértiles granos errantes,
semillas migratorias, y las llanuras abiertas fecunda,
o lleva hacia adelante, como pastor que comercia rebaños,
la parda tropa de nubes oscuras!

¿Las ciegas fuerzas inertes lo abaten?
¿El pampero llega jadeante a la zona del ígneo trópico de Capricornio,
y allí domesticado, tuerce su andar mientras gira la tierra,
y lo veremos pronto dócil rondar la región de las calmas,
pálido esclavo con marcha constante,
encadenado a los vientos alisios?
¡Oh, no!, que él ya liberta las caravanas de vientos galeotes,
abre cadenas y rompe grilletes,
tierras y mares procaz convulsiona,
se adorna de arcos iris, rompe los odres de espesas borrascas
y al Ecuador de metal lo fragmenta y trastorna!

¡Oh, viento de las Pampas!
Eres el escultor. Todos los barrotes animas a gusto:
picachos y altas cimas, gredas en huecos barrancos de ríos;
con nieve de las cumbres creas falaces fantasmas de vidrio;
con pinares andinos, trazas movibles legiones en lo alto.
Y has hecho de la nada tribus de indios vaciados en bronce,
indias de piel con tatuajes, torsos de fieras de elásticos saltos,
millares de corceles, rodeos y majadas,
díscolos dueños de bosques y llanos!
Todo lo has hecho tú: gaucho, leyenda, ciudad, montonera!

También eres el músico!

Ruda polifonía, como una ofrenda orquestal te acompaña.

Llanto o clamor del desierto: ¿qué himnos traen tus voces roncadas?

Dinos qué canto inmortal va en las ancas

de los corceles que doman tus hábiles Dióscuros indígenas!

El viento de las Pampas:

Yo lo he escuchado en mi casa mil veces, allá en medio del campo!

¿Oís? El pampero!

El pampero!

Sobre el gran horizonte, vese una nube pardusca avanzar
y cubrir con su sombra parte de bóveda azul y los llanos.

El nubarrón se extiende, nubes pequeñas congrega en su seno,
se torna azul profundo, y abre su área abarcando la atmósfera.

Pero la mancha opaca, móvil, se cuaja de lácteos relámpagos
que iluminan de golpe!

Graves, se oyen lejanos los truenos

y retumba el espacio como una gruta vibrante en el monte.

Partículas de tierra, densas, en plebes de polvo amarillo,
se mezclan con las nubes grises del cielo y avanzan unidas.

Firmes banderas locas, mueve el pirata viril que acaudilla
sus hordas en mil leguas!

Cubre de polvo los nuevos villorrios,
cuyas casuchas tan limpias se alínean

junto a los rieles del ferrocarril,

a lo largo extendidas, cual si fueran los pájaros

que en primavera uno ve en los alambres del campo!

Aves de alcurnia en lo alto planean

y escoltan las mesnadas, tal como aviones dispuestos en arco,
volando silenciosos, sobre el turbión de los grandes ejércitos.

Los hombres, en la tierra miran al cielo y se hacen la cruz,
desde el lar campesino, viendo perderse cosechas prolíficas!

Las hierras y ciclópeas domas de nuevos baguales suspenden;
las tropillas de potros júnctanse luego con crin erizada,
con los ojos en sangre

y gachas las orejas, oyen la tromba que viene avanzando.

Su piel se encrespa entonces tal como el lomo del mar con la brisa;
hinchán el bello y revuelven las crines.

Los rebaños dispérsanse, tiernos vellones dejando en las zarzas.

Ved los venados con ojos oblicuos, cómo saltan los charcos;

ciervos salvajes con ansia olfatean

en la atmósfera eléctrica, y huyen con ellos por hondas barrancas.

Por acá! Por allá!

Los caballos domésticos, rompen estacas y huyen también;

pasan los avestruces, y ágiles forman ariscas manadas
entre un gran movimiento blanco de plumas y agudas gambetas.

Pálido he visto hacia el alba, en la sierra,

huir una tropa de bravos novillos,

torbellino de muerte, selva movable de cuernos filosos.

Sé del tumulto y del vivo coraje frente al corral de piedra

deshecho, o en la ronda gaucha, destruída en el medio del campo!

Por acá! Por allá!

Rápidas fugas de bestias y hombres.

Vedlos despavoridos, mientras la fusta del viento resuena

y alumbran los rayos, ancas cobardes y testas sumisas.

Pronto el cansancio detiene la huída brutal,
y, extenuado, ríndese el rudo paisano a los vientos
que se alejan, dando lugar a la vasta esperanza!
Pues ellos traen a la pampa, en seguida,
la recia ofrenda vital de las lluvias torrenciales,
cantan su triunfo, invasores gloriosos,
siguen al norte y la noche en sus urnas celosa, los guarda!

¿Después?

La fiesta en pleno azul! Junta, al subir por oriente la luna ovalada,
la enjambrazón colosal de los astros,
que por la rutas del cielo revuelan
para en ella reunirse, en un racimo de abejas con nombres y números.
Libre la bóveda, y amplia y profunda,
es un granero colmado de estrellas
que en el erial de la tierra se invierte.

Límpida está del Centauro a las Pléyades!
Aries, el dulce cordero, desciende,
cruza la eclíptica y llega a nosotros,
con cencerros de luz colgados al cuello.

Celebrando el torneo de ahora,
vienen las Hyadas en grupo de danza,
cestas con flores trayendo en los hombros.
La rueda zodiacal, gira moliendo la espiga celeste,
Con ruido imperceptible corre a su lado el gran río del Tiempo,
mientras tenue y callada, cae sobre el mundo la cósmica harina.

En lo más elevado del cielo
se incurva la Vía Láctea, rústico cuerno que aventea semillas

y enalteciendo todo, Dios, labrador incansable, esa noche
hunde sus brazos allí hasta los codos,
y es el primero que arroja los granos
uno por uno, en la tierra mojada!

¿Y el pampero? Oh, el pampero! El pampero!
Allá va en goce unánime...
Leguas de bosques recorre a millares aún,
y al llegar a los trópicos sobre la selva infinita se acuesta...

El idilio monstruoso, ya se realiza y un mundo es el tálamo!

El joven Dios que vuelve, sonriente al gineceo...
Y sobre el cuerpo cordial de la Esposa
descansa. Y la fecunda!
Polen vertiendo en los hondos declives!

De EL NUNCA USADO MAR se publicó en 1922 una edición de mil ejemplares que actualmente se encuentra agotada. La edición que ahora aparece, contiene numerosas correcciones y complementos en la forma y en el sentido de ciertos poemas, además de ajustamientos imprescindibles en los sonetos, de acuerdo con una aspiración de nobleza artística que cada día me obsesiona más.

El CÁNTICO RELIGIOSO DE AMOR, con que se inicia el libro, es de más reciente creación. No ocultaré que hayan influido en su concepción orgánica y en la sostenida musicalidad que lo anima, además de la permanencia y fidelidad en el amor puro, las sugerencias profundas de las sinfonías y las sonatas de Beethoven.

Con la presente obra corregida, doy término a la tarea de reeditar mis poesías. Realizada con dolor una vigilancia jerarquizadora e inteligente, en el conjunto de los poemas de estos cuatro libros "El Nardo del Ánfora", "El Castillo Interior", "El Halconero Astral y otros Cantos" y "El Nunca Usado Mar", — pues los cantos de "La Colina del Pájaro Rojo" no serán tocados! — queda así, en poder del tiempo y de los hombres, — este arriesgado esfuerzo mío — tal vez estéril — hacia una poesía esencial, que intenta desprenderse del sujeto para identificarse con lo absoluto. — Laus Deo. — 1928.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
<i>Dedicatoria</i>	5
I. — Cántico Religioso de Amor	7
II. — El Libro de Maruja	19
<i>Sonetos :</i>	
Serenidad hay en su vasta frente.....	21
Es alta y rubia. Por su espalda rosa.....	22
¿Veis la Belleza, oh Dioses, soberana?.....	23
La frente, hoz sidérea, fiel modelo.....	24
La columna del cuello se levanta.....	25
Yo pude ver como un gigante río.....	26
Amor estaba en mí como semilla.....	27
Ayer la pude ver y no he querido.....	28
Llegó el estío y me encontró con flores.....	29
¿Ves corazón? Un nuevo amor te aroma.....	30
¿Será preciso, acaso, que yo cante?.....	31
Cayó una estrella sobre el mar dormido.....	32
El Poema de la Cabellera Rubia.....	33
El Latido.....	37
Las Voces.....	39
Las Lllamaradas.....	41
Los Ojos.....	42
Una luz, en los ojos.....	43
Poema de la Fuente.....	45
Villancico del Abejar.....	49

	Página
III. — La Gracia del Aire y del Mar.....	55
El Reloj que Muere.....	55
Los Mitos.....	57
La Estrella Polar.....	59
El Taller.....	61
Estrellas y Aves.....	63
La Danza en el Mar.....	65
Cae la Luna en el Mar.....	66
La Ola.....	67
La Prisionera.....	68
Las Ciudades del Mar.....	70
Luces de las Montañas.....	71
La Música.....	73
Las Arpas.....	75
El Hermano.....	77
La Gran Llanura.....	79
La Escultura.....	81
Los Arcos.....	83
El Mar y el Viento.....	85
Los Caminos.....	87
Trilogía de las Islas.....	89
El Fuego Mío.....	92
Los Dos Navíos.....	94
Las Lámparas.....	96
Predicaciones.....	98
Las Hilanderas.....	100
Dolor.....	101
Mi Padre.....	104
Hombres Inclınados en las Proas.....	106
La Hoguera.....	108
IV. — El Niño Desnudo.....	111
El Niño Desnudo.....	115
En el Atrio.....	115

	Página
El Coro.....	117
El Muchacho y el Trompo.....	119
Los Espejos.....	121
Nocturno del Pueblo Chico.....	123
Al Despertar.....	125
Tempestad.....	129
Los Santos.....	127
Las Golondrinas Muertas.....	131
Los Desconocidos.....	134
La Llama Habitable.....	136
Nocturno de Monserrat.....	138
La Tela.....	140
Vigilancia.....	142
V. — Oda Heroica al Viento de las Pampas.....	145
Palabras.....	159

Pág. 84, penúltimo verso, léase *australes*.